

RESUMEN

Este ensayo llama la atención sobre el neoliberalismo como ideología de la globalización que, con la invasión cultural, provoca la pérdida de la identidad de los pueblos. Analiza el papel de las industrias simbólicas de la iconosfera telemática, en la desestructuración de las representaciones sociales y las identidades nacionales, destacándose sus consecuencias en el proceso de la educación como sistema, y en especial, en la conciencia ciudadana. Propone, como alternativa, el replanteo de acciones en los plexos populares para generar el compromiso y la responsabilidad en la defensa de los intereses de las masas ciudadanas.

ABSTRACT

This essay calls the attention upon neoliberalism as an ideology of globalization that provokes the loss of the identity of peoples with its cultural invasion. In the essay it is analyzed the role of symbolic industries of the telematic iconosphere in the destruction of social representations of national identities. It is also detached the consequences of neoliberalism in the educational process as a system, and especially in the citizen consciousness. The essay proposes, as an alternative to restate the actions in the popular plexus, to generate compromise and responsibility in defense of population.

GLOBALIZACIÓN Y EDUCACIÓN CIUDADANA: CONCEPTOS Y CONTRADICCIONES¹

*Armando Montero de Miranda**

En estos tiempos de vertiginosa confrontación de fuerzas, de creciente globalización de las relaciones económicas y de concentración de la hegemonía política mundial, cabe reflexionar sobre un fenómeno consustancial de ese proceso de globalización, la invasión cultural, que como remedo de las prácticas de reparto del mundo a que asistieron las generaciones de los siglos precedentes, golpea, penetra y pervive en los tiempos actuales.

Desde el punto de vista epistemológico, globalizarnos es extender nuestro ámbito de vida más allá de las fronteras nacionales, *por que estas no deben existir más*, es romper con los esquemas y parámetros que sirven de anclaje a nuestra conciencia de existencia, a nuestra identidad cultural, *pues ellos resultan inferiores*, para hacernos pensar en una dimensión asimiladora, de todo lo que nos llega como propuesta de otras latitudes. Es hacernos campo propicio para el consumo de nuevos estilos de vida. Porque lo que se nos propone es la imagen de un sueño dorado, se nos vende una ilusión de un modo de vida, y una esperanza de algo que la “providencia” no nos tenía deparado.

La globalización, entendida especialmente como tendencia a la integración en el plano económico, conlleva un proceso de homogeneización tanto de formas culturales, como tecnológicas y de mecanismos de organización social y del traba-

¹ Versión de la intervención realizada en el II Congreso Internacional Cultura y Desarrollo. La Habana, 2001

* Doctor en Ciencias Pedagógicas. Profesor en las Maestrías de Psicopedagogía y de Trabajo Social Comunitario. Profesor Consultor de la Facultad de Psicología. Jefe de la Disciplina Integradora de la carrera de Psicología. Universidad Central de Las Villas. Cuba. CP. 54830 e-mail: armando@uclv.edu.cu

jo, que se perfila claramente como un intento para homologar naciones y así, borrando fronteras geográficas, políticas e históricas, permitir el libre flujo de dinero, de la información, de mercancías; así como la circulación de personas y objetos integrados en el espacio y en el tiempo. Globalizamos todo, es el imperativo de los tiempos. No somos más ciudadanos de nuestro país, para ser “ciudadanos del mundo”. Pero, en tanto se da este ingreso al cosmopolitismo, simultáneamente hay un repliegue de nuestras culturas nacionales.

El patrimonio cultural heredado de nuestros ancestros inmediatos, conforma el inventario de recursos culturales propios, capaces de asegurar la permanencia histórica de una identidad étnica, de una nacionalidad. Ese patrimonio se enriquece, o debe enriquecerse permanentemente en un movimiento tendente a la perpetuación.

Pero con la globalización moderna se estimula que en la dinámica propia del proceso cultural, primen las modificaciones originadas por la imposición, la enajenación y la supresión, y no tanto por la innovación o el perfeccionamiento de los contenidos de la cultura. Se busca pues, que ya no seamos más lo que éramos.

La globalización moderna debe entenderse como una nueva guerra de conquista de territorios, con escenarios alternos y diferentes grados de intensidad, no ya entre potencias político-económicas, sino entre grandes centros financieros, con escenarios totales y con una intensidad aguda y constante (MARCOS, 1997).

La globalización es un proceso asincrónico, desigual, estratégico, no igualitario. Lo global estará acabado cuando no existan diferencias entre lo local, lo nacional y lo internacional, habiéndose subsumido las valiosas y pintorescas manifestaciones locales y nacionales a los dictados homogeneizantes de la cultura impuesta, la cultura de los dominantes.

La cultura, se ha expresado, resulta la esfera sintetizadora del proceso de globalización. Pasa de ser una esfera subordinada, a cumplir, aparentemente, el papel relevante, aunque

tras las bambalinas sean las argucias económicas las que controlen todo el proceso, alterándose la racionalidad y el sentido. Se pierde la territorialidad y la monolengua. Se muta todo lo cultural. Del afán de igualdad como principio filosófico, el individuo tiende a la diferenciación como principio, orientándose hacia el igualitarismo en el consumo, para ser diferente.

La ideología que le corresponde a la globalización es el neoliberalismo, y este es un proyecto político-ideológico. Un proyecto eminentemente desigual o mejor dicho desigualitario. Neoliberalismo, globalización, que según expresara el Sub. Comandante Marcos “reorganiza y reordena lo que ataca y lo rehace como una pieza dentro del rompecabezas de la globalización económica” (MARCOS, 1997).

El neoliberalismo aparentemente no destruye la nación, pero si las bases materiales y espirituales de la soberanía nacional, porque ésta le estorba, pues ella constituye una barrera ética, jurídica, política, cultural e histórica contra la globalización económica.

Globalizarnos, es hacernos pensar de una manera diferente, y de otra parte es globalizar la pobreza, la indigencia moral, la exclusión. Exclusión no solo de ciudadanos desposeídos, exclusión también de naciones, de poblaciones, de países o etnias. Todo lo que no sirve al sistema (*léase ser consumidor*) sobra, es desechable. Busca además hacer desaparecer los mecanismos sociales de mantenimiento del dulce y romántico sabor de las raíces de nuestra memoria histórica, las tradiciones y costumbres, raíces de la nacionalidad. Busca la desestructuración de la identidad de los pueblos. ¿Cómo? ...con la invasión cultural.

Invasión cultural ha habido en diversas circunstancias históricas de la humanidad: durante centurias durante el imperio romano; más recientemente merced a la llegada europea a América con el traslado de idioma, religión, cultura y “civilización” a nuestras tierras y consecuentemente con la desaparición de los logros de nuestras culturas autóctonas.

Pero hoy observamos atónitos, o con rabia, como deja-

mos de ser cada día lo que siempre fuimos, para ser imagen y semejanza de quienes han penetrado los ámbitos de nuestra identidad con sus elementos culturales. Los fenómenos ocurridos hace 500 años se repiten inexorablemente en nuestros días, ahora de manera mas descarnada e insidiosa. El Orden mundial regresó a los viejos tiempos de las conquistas de América, África y Oceanía. ¡Extraña modernidad esta que adelanta para atrás! El fin del siglo XX tiene más semejanzas con las bestiales centurias antecesoras que con el tranquilo, placentero y racional futuro de algunas novelas de ciencia-ficción.

La hegemonía es la manera que tiene el poder de hacerse preeminente. Ella no es una imposición, en términos represivos. Al contrario, la hegemonía lo que intenta es mantener un consenso dominador-dominado sin recurrir al recurso extremo de la violencia (GRAMSCI, 1971, p. 109).

En la hegemonía cultural, como en toda hegemonía hay una búsqueda de poder y por tanto la fuerza siempre está presente, lo que sucede es que hay que ver de que modo ella está actuando. Con la invasión cultural se impone la hegemonía no solo ya de ideas, gustos y proyectos sociales foráneos, sino también de realizaciones materiales y espirituales de una sociedad, que toma decisiones sobre los recursos y elementos culturales al margen de las necesidades e intereses de otras, las dominadas, imponiendo de manera más o menos formal y organizada sus propios ejes culturales y sus paradigmas de círculos y redes.

El intercambio entre culturas en general siempre ha existido, cuestión que se pretendió explicar con la noción de transculturación. Éste se ha intensificado con la industrialización y el crecimiento de las comunicaciones. Sin embargo el mismo ha prostituido malevosamente la noción original, obedeciendo a dictados y estrategias dirigidas a hacer desaparecer los vestigios de las culturas autóctonas, a fin de facilitar la penetración y el dominio de los intereses económicos internacionales. Esto ha generado distintas formas de interacción entre diferentes grupos o comunidades, portadoras de sus respectivas culturas.

Los tipos de interacción entre ellas se han conceptuali-

zado de diversas maneras. La forma más simple la recoge la noción de intercambio cultural que define, en forma bastante laxa, el contacto entre dos o más sociedades, que interactúan e intercambian sus producciones en forma mas o menos equitativa, lo que supone un proceso dialógico entre las partes. La forma más compleja es el imperialismo cultural, concepto que pretende describir una fase superior de la dominación cultural, donde las relaciones entre los grupos son asimétricas, de dominación / sujeción, y que se materializa en la cultura impuesta cuando, tanto los elementos culturales como las decisiones sobre los mismos resultan ajenos a la sociedad “dominada” (BONFIL, 1991).

Cuando más se acentúa la invasión, alienando el ser de la cultura de los invadidos, mayor es el deseo de éstos por parecerse a aquellos, andar como ellos, vestir a su manera, hablar a su modo... en fin como señala Freire “ser como ellos”, “vivir como ellos” (FREIRE, 1985).

Con la cultura hegemónica sus creaciones se nos presentan como realizaciones de validez universal, sirviendo además para medir las producciones de nuestra cultura autóctona, las que serán más o menos apreciadas en la medida en que se aproximen a los modelos establecidos. El éxito de la invasión cultural radica en que los invadidos se convenzan de su inferioridad intrínseca y comiencen a ver la realidad con la óptica de los invasores. Y no poca influencia tienen en ello las NTIC.

Se habla eufemísticamente de globalización de la cultura, pero alerta, hacerlo sería correr el riesgo de adscribirse a una decisión epistemológica y una elección política, que orienta la mirada hacia aquellos procesos que confirman la hipótesis de la aldea global de MacLuhan. Sería Aceptar la inexorabilidad de esa globalización neoliberal.

En ella, una cultura **orgánica** propia e inherente a ese proceso globalizador; contribuiría a la consolidación y perpetuación de tal visión del mundo, a costa de las culturas que no se avienen a sus paradigmas, que no se subsumen a sus dictados.

Si aceptamos la consideración de que la Cultura es el

conjunto de respuestas colectivas, con cierta relación interna, que constituyen soluciones producidas y compartidas por un grupo humano frente a las condiciones del medio ambiente natural y social, es decir el conjunto de creaciones en proceso permanente de movimiento, enriquecimiento y perpetuación de y para esa formación social, comprenderemos mejor lo que expresamos al hablar de que la globalización presupone SU cultura orgánica. Una cultura de ella y para ella (*y que debe ser compartida por los que quieren sobrevivir*).

Esa cultura a su vez resulta **sistémica**, por su forma de actuar para lograr la hegemonía total: planificadamente, simultáneamente, progresivamente en todas las esferas de la vida social. Cultura que es **homogénea**... (y homogeneizante), en tanto en cuanto es única, igualitariamente dosificada, que no permite las variaciones o la existencia y manifestación de otras culturas a las que considera como dependientes, inferiores, subalternas. **Homeostática** en tanto en cuanto absorbe y transforma todas las formaciones subjetivas de la personalidad, penetrando en todos los intersticios de la estructura social, por todos los intersticios de la mente humana, en todas las dimensiones de la trama social. Cultura que con sus cantos de sirena, invita a globalizarnos, a sentirnos globalizados, a actuar de acuerdo al paradigma de la globalización.

A lo que aspiran las culturas globalizantes es a que los miembros de las culturas subalternas lleguen a creer que la lengua, la música, las costumbres, la moda, las artes exógenas, son fatalmente superiores a las suyas, y que en consecuencia, debe renunciar a su propio ser, se entregue a la imitación y se aísle de las fuerzas que puedan apoyar su identidad nacional e individual. Con ello no solo se empobrece, sino que espiritual y materialmente queda a merced de los dictados del invasor.

Debemos interrogarnos si las “industrias” constructoras de significados y simbolismos no estarán conformando en la iconosfera telemática del ciberespacio nuevos principios políticos, que perturban la fragua de la representación y delegación de las identidades; y finalmente si se alcanzarán con ello

nuevas formas de emancipación individual y colectiva, nuevos crecimientos espirituales, o solo se transformarán los modos de servidumbre, conformándose nuevos “estilos de vida”, miméticos a los de quienes dictan y tienen el poder sobre las nuevas tecnologías de la información.

Aspiran a que se extienda en toda la faz del planeta lo que acontece con el pueblo mexicano, que, utilizando las palabras de Jorge A. González “se autodesprecia constantemente, cotidianamente, feroz e hirientemente”, y donde contribuye a ese resultado el aluvión de mensajes, productos edulcorados y noticias manipuladas que les “han borrado de la memoria el pueblo que hemos sido y el país que tenemos en las manos” (GONZÁLEZ, 1992, p. 43).

No debemos observar apaciblemente la defenestración de nuestros tesoros humanos, nuestros tesoros culturales. Hay que repensar el futuro para construir el porvenir, operando sabiamente con los recursos y potencialidades de nuestra configuración cultural. Es preciso utilizar los mecanismos de la educación ciudadana, para asegurar la pervivencia del eje neural de nuestros pueblos. Tal educación ciudadana debe ser entendida como la formación integral del individuo, como su preparación para la vida, cuya misión es dotarlo del arsenal de habilidades que le permitan operar adecuadamente con los componentes de su cultura, elementos que, como señalara Bonfil “resultan necesarios poner en juego para realizar todas y cada una de las acciones sociales: mantener la vida cotidiana, satisfacer necesidades, definir y solventar problemas, formular y cumplir aspiraciones”, y en especial, asegurar y consolidar la identidad cultural (BONFIL, 1991, p. 171).

Dentro de estos elementos, deben privilegiarse los emotivos: las representaciones colectivas (diferentes de una sociedad a otra, precisamente por ser el resultado de inversiones significativas engendradas por las prácticas de un universo social determinado); las creencias; los valores integrados que motivan a la participación y/o aceptación de las acciones comunes. En fin, la subjetividad social como elemento cultural indispensable.

De similar envergadura serían los simbólicos, diferentes códigos que organizan en “sistemas de signos los saberes aprendidos, proporcionando a los miembros de un grupo un repertorio particular de significaciones” (MONTERO, ALONSO e RIERA, 1998, p. 20); y los de conocimiento, como son las experiencias asimiladas y sistematizadas que se elaboran, acumulan y transmiten de generación en generación, y en el marco de las cuales se generan o incorporan nuevos conocimientos. No en último lugar, encontramos los materiales, y las formas de organización peculiares que asumen los grupos humanos.

Encontramos en este instante otra contradicción en la educación ciudadana. Esta contradicción se encuentra entre su papel como facilitadora de la asimilación de nuevas realidades externas al individuo y como factor potenciador de la resistencia cultural frente a las tendencias homogeneizantes de la invasión cultural.

¿Cómo mantener, reforzar y enriquecer a través de la educación ciudadana la identidad cultural, en estas circunstancias de realidad globalizadora?

– Alertando contra la promoción y asimilación acrítica de las prácticas culturales hegemónicas.

– Estimulando y propiciando la creación de “zonas de resistencia”, fortaleciendo las huellas persistentes de nuestra nacionalidad y estimulando el “descubrir” la identidad hundida en las raíces de nuestro pueblo. Recordemos la idea martiana que solo se aprende perfectamente lo que se descubre.

– Dirigiendo nuestro proyecto educativo con los plexos populares de nuestras masas ciudadanas, a la creación de mecanismos que permanentemente generen y reconstruyan las formas culturales autóctonas, para luego interrelacionarnos con el resto del mundo sin que éste nos avasalle.

– Posibilitando la conformación de movimientos sociales en ese sentido, cuya unidad de acción sea la solidaridad y la estimulación al sentimiento de pertenencia a la nacionalidad, utilizando como epicentro articulador de los lazos y vínculos, al espacio mediador del barrio popular.

– Hace falta una globalización, sí, pero una globalización diferente. Hay que globalizar la solidaridad entre los hombres. Hay que globalizar la inconformidad frente a la segregación, la inequidad y la violencia contra las masas populares, contra sus derechos y su vida. Hay que globalizar la inconformidad frente a la violencia contra las riquezas del repertorio de elementos contenidos en la matriz cultural de los pueblos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BONFIL, G. La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos. **Estudios sobre las culturas contemporáneas**, v. 4, n.12, p.165-204, 1991.

CISNEROS, J. Identidad cultural e intercambio global. Ejes, círculos y redes culturales desde una cultura propia. **En torno a la identidad latinoamericana**. México: CONEICC-FELAFACS, p. 143-166, 1992.

FREIRE, P. La invasión cultural. **Cultura y resistencia cultural: una lectura política**. México: SEP-El Caballito, 1985.

GRAMSCI, A. **Note sul Machiavello, sulla política e sullo Stato moderno**. Roma: Riuniti, 1971.

GONZÁLEZ, J. A. Juego peligroso. Ferias, memorias urbanas y frentes culturales. **Estudios sobre las culturas contemporáneas**, v. 4, n. 12, p. 11-46, 1991.

MARCOS, Sub comandante. **7 Piezas sueltas del rompecabezas mundial**. México: Selva Lacandona. Htm, 1997.

MONTERO, A.; ALONSO, J.; RIERA, M. Valoraciones en torno a la investigación para el desarrollo sostenible de la comunidad. **UNICIENCIAS**, v. 2, p. 9-27, 1998.

SOLIS, B.; NÚÑEZ, L. (Eds.). **Las industrias culturales**. México: CONEICC-FELAFACS; Opción, S. C, 1992.